

Cultura política



Alejandro Auat

Universidad Nacional de Santiago del Estero

Recibido: 11 de julio de 2023

Aceptado: 4 de abril de 2024

Resumen

Cultura política es un concepto que puede servirnos para acceder a la comprensión de los componentes del campo político, poniendo en juego sentidos de los conflictos y tensiones, tanto para la organización de la convivencia como para la definición de las identidades, siempre que lo entendamos de manera flexible y contingente, aunque cargado de la gravedad que le otorgan las sedimentaciones históricas.

Palabras clave: cultura, política, identidades, sentidos, sedimentaciones

Abstract

Political culture is a concept that can help us to understand the components of the political field, bringing into play the meanings of conflicts and tensions, both for the organization of coexistence and for the definition of identities, as long as we understand it in a flexible and contingent way, although loaded with the gravity granted by historical sedimentations.

Keywords: culture, politics, identities, meanings, sedimentations

¿Qué tiene que ver lo que hacemos como política y lo que entendemos por democracia los riojanos o santiagueños con lo que hacen y entienden los porteños? ¿Las democracias en las provincias del NOA son de menor calidad que las democracias de otras regiones del país? ¿Y la de Argentina con respecto a la de Estados Unidos? ¿O las latinoamericanas respecto de las europeas o nordatlánticas? ¿Por qué la mirada de los medios porteños – pero también la de los politólogos consagrados que nos estudian como

“subnacionales”–, hablan de nosotros en términos de “caudillismo”, “feudalismo”, “patrimonialismo” y otras delicadezas antirepublicanas?

¿No será un problema de miraje? ¿De cómo nos miran? ¿De un “desde dónde” nos miran? Y ese ‘desde dónde’ ¿será un punto de mira cultural? Es decir, el viejo problema del federalismo, de la antinomia Buenos Aires-Interior (si nosotros somos “el interior” ¿quiere decir que ellos son “el exterior”?), ¿será un problema cultural? Todos nos reconocemos

como argentinos, sí. Pero quienes hablan en nombre de 'los argentinos' suelen ser los porteños. Y hay modos y modos de ser argentino: hay un modo norteco, un modo litoraleño, un modo porteño... El problema es que la historia de nuestra Organización Nacional arrasó con las diferencias regionales (de habla, de costumbres, en fin, de culturas) y buscó homogeneizar y allanar lo diferente para convertirnos en una Nación. Primero, mediante guerra civil contra los caudillos federales, luego contra los pueblos originarios en la eufemísticamente llamada "conquista del desierto", después con el servicio militar y las escuelas comandadas desde la Nación. Hoy, desde la TV y el neoliberalismo globalizador.

Y con lo político pasó igual. Los porteños, mirando a Francia y Estados Unidos, importaron instituciones y las impusieron homogéneamente a todo el país bajo el impulso modernizador neocolonial. Y lo que no se pareciera a esas instituciones, fue "rémora del pasado", "barbarie". Claro que cuando decimos 'porteño' no nos referimos meramente al nacido en el Puerto. Aludimos más bien a un *ethos*, un modo de ser, un modo de mirar. Que por cierto fue asumido y llevado adelante por muchos provincianos (Sarmiento, Avellaneda, Roca, Vélez Sarsfield, Joaquín V. González, los Taboada...).

El tema de la cultura política está, pues, bien presente entre nosotros. No es meramente una moda académica, más o menos superada, más o menos útil. Es un problema

político que sólo se ve si cambiamos de miraje –como le gustaba decir a Bernardo Canal Feijóo (2007). Desde el centro no se ve este problema: entonces ellos pueden hablar de la cultura política como un enfoque introducido en los 50 por un tal Gabriel Almond y un tal Sidney Verba para incorporar al análisis político las variables de la psicología. Es verdad que la obra conjunta de estos autores (Almond y Verba, 1963) abrió un nuevo campo de investigaciones, poniendo en el centro la pregunta de si es necesaria una cultura política democrática para que la democracia funcione (Schneider y Avenburg, 2015). La cultura política fue definida como el conjunto de orientaciones cognitivas (básicamente conocimientos y creencias), evaluaciones (opiniones y juicios) y actitudes (tendencias psicológicas que permiten a los individuos hacer valoraciones) que una población manifiesta frente a diversos aspectos de la vida política y del sistema político.

Sus críticos inauguraron la polémica acerca de las jerarquizaciones implícitas que tenían las descripciones supuestamente asépticas: en el marco de la Guerra Fría, las culturas empezaron a calificarse como democráticas o no democráticas según se parecieran o no a los hábitos, prácticas, creencias e instituciones de las democracias liberales occidentales. Incluso esta jerarquización cultural fue asumida a partir de los años 80 por el Banco Mundial y otras instituciones de las finanzas globalizadas, reemplazando las viejas jerarquizaciones raciales con un lenguaje políticamente correcto sobre las

“culturas políticas democráticas”, pero con los mismos resultados de despreciar lo que no se parezca a lo moderno-occidental y legitimar sus “recomendaciones” sobre las políticas económicas (cf. Murillo 2018).

Pese a estos usos, el enfoque cultural de Almond y Verba introdujo en la ciencia política la preocupación por el vínculo entre la micro y la macro política, abriendo, como dijimos, un campo de investigaciones novedoso y fructífero. Con críticas y contextualización, algunos autores latinoamericanos intentaron profundizar en esta orientación. El chileno Norbert Lechner (1997 y 2002) decía que no hay que confundir las creencias y preferencias con lo que revelan las encuestas, y propuso indagar acerca de los sistemas de valores, las representaciones simbólicas y los imaginarios colectivos mediante otras metodologías que fueran más allá de la punta del iceberg que significaban las expresiones de las personas encuestadas. También, el argentino Francisco Quevedo (1997) se centró en la relación entre medios de comunicación y cultura política, en un enfoque que no deja de tener actualidad en nuestros días. Los medios concentrados y, además, centralizados en Buenos Aires, son grandes productores de formaciones simbólicas e imaginarias con las que los individuos viven y se representan las luchas por el poder y las competencias por los sistemas de decisión. El maniqueísmo simplificador que instalaron los medios hegemónicos porteños (replicado en cada una de nuestras provincias) no ha sido precisamente un gran constructor de cultura

democrática, empobreciendo el debate público con un lenguaje emocional sin datos, dirigido solamente a la provocación de indignación moral selectiva.

Los aportes de Clifford Geertz (2003) enriquecieron el enfoque politológico abierto por Almond y Verba llevando el foco *desde las actitudes a los significados*. Geertz entiende la cultura como una “trama de significación”. La atención se pone en las prácticas de construcción de sentido, que pueden modificarse según las experiencias de cada grupo, por lo que no hay significados unívocos. El “emprendedor” neoliberal individualista y meritocrático puede ser resignificado en una práctica colectiva de “microemprendimientos” que generan organización y conciencia política en una red de economía popular, por ejemplo (Cf. Auat 2021).

Schneider y Avenburg señalan también un desplazamiento *desde los valores a los significados* en el enfoque socio-antropológico de la cultura política. El argumento weberiano sobre los orígenes del capitalismo, relacionándolo con la doctrina calvinista, está en el origen del enfoque sobre los valores. Los valores o fines últimos son los que definen y orientan la acción. En esta línea, Ann Swidler (1986) planteó que la cultura debe ser entendida como una caja de herramientas – repertorio de símbolos, historias, rituales y visiones de mundo– que la gente usa para resolver diferentes clases de problema.

Al respecto, nuestro compatriota Javier Auyero editó un excelente libro sobre “el lugar

de la cultura en la sociología norteamericana” bajo ese título: *Caja de Herramientas* (1999), introduciendo en el debate argentino esa noción, pero con los aportes fundamentales de Pierre Bourdieu y de Charles Tilly. Esta caja de herramientas le permitió a Auyero re-interpretar el clientelismo como un elemento del repertorio de la acción colectiva, evitando su descalificación moralizante (Auyero, 1997). En ese marco y con esa “caja” Auyero analiza las protestas sociales de Cutral-Co y el “Santiagoueño” de 1993, intersectando etnografía y reconocimiento: “El conjunto de disposiciones que los manifestantes trasladan a la acción colectiva y sus auto-comprensiones compartidas son cruciales para entender el modo en que dan sentido a la beligerancia” (Auyero 2004, p. 260). El marco del “giro cultural” en los estudios sociológicos es explícito, no sólo en el autor sino también en los actores estudiados: “En los corazones y en las mentes de muchos manifestantes –dice Auyero–, el Santiagoueño es un *proyecto*, un proyecto que *va más allá de la búsqueda de los propios intereses materiales y apunta a la concreción de una cultura política diferente*” (Auyero, 2004, p. 255).

Tanto el enfoque politológico como el socio-antropológico fueron atravesados por los debates acerca de qué se entiende por “cultura” y qué por “política”. A los fines de esta aproximación baste decir que “cultura” no es una esencia cerrada y atemporal que define de una vez y para siempre a una comunidad: a veces caemos en esta simplificación cuando hablamos de

“riojanidad”, “santiagoueñidad” o “argentinidad”, pretendiendo reducir a algunas características la compleja trama de sentidos, prácticas y materialidades que identifican a las comunidades de referencia.

Cuando hablamos de culturas hablamos de sujetos. De identidades más o menos flexibles pero ancladas en territorios y materialidades; abiertas a hibridaciones, mestizajes o superposiciones, pero sedimentadas en la acentuación de algunos rasgos hegemónicos; históricas y contingentes, pero también transmitidas como legados en el sentido de imperativos normativos que se naturalizan como atemporales. Los rasgos acentuados tienen que ver con la relación con los otros, los que no son parte del “nosotros”. Un “nosotros” heterogéneo pero que esas acentuaciones intentan homogeneizar. Este doble carácter de las construcciones identitarias (contingentes pero sedimentadas) señala tanto su carácter político o construido como el riesgo de su fetichización y esencialización.

Seyla Benhabib nos invita a “considerar las culturas humanas como constantes creaciones, recreaciones y negociaciones de fronteras imaginarias entre ‘nosotros’ y el/los ‘otro(s)’” (Benhabib, 2006, p. 33). El problema de la cultura es constitutivamente político pues. De lo que se trata es de identidades en conflicto, de identidades que se definen en función de un “exterior constitutivo” o de un antagonismo (Schmitt, Mouffe). La identidad es (negativamente) diferencial y (positivamente) propia al mismo tiempo: nos

definimos por lo que no somos ni queremos ser, acentuando rasgos de lo que somos y queremos ser. Y esto, siempre en marcos contextuales y situados que especifican los sentidos de lo que se afirma o lo que se niega. Si en algún momento de nuestra historia el término “gaucho” se resignificó positivamente frente al “inmigrante”, en otros momentos fue usado peyorativamente, como cuando Sarmiento le pedía a Mitre “que no ahorre sangre de gauchos” porque con ellos no haríamos la república moderna, como también lo había planteado Alberdi.

Pero siempre está el otro. Y la relación con la alteridad es el tema político. La organización de la convivencia en espacios limitados y posibilidades finitas, requiere del poder como inherente a las sociedades humanas. Y si algo hemos aprendido experiencialmente en los últimos tiempos, es que el poder político es una relación que no reside en un solo polo ni en una sola sede. Por lo que no alcanza con ganar elecciones para ocupar el polo relacional del mando: hay una compleja trama de relaciones en las que se pone en juego una lucha por hegemonizar la conducción y la direccionalidad del proyecto de convivencia.

La cuestión crucial es política: quién decide, quiénes son los sujetos que se autoperciben como autónomos, y se afirman/diferencian de otros en un juego de lucha por hegemonizar el “nosotros” que conduzca la convivencia. Y esa lucha por la conducción incluye una lucha por los sentidos y por los elementos culturales que se ponen en juego para identificar a unos y diferenciarse de los otros.

Por ello, como nos advierte Grimson (2011), no podemos entender ni la cultura ni la identidad si no las situamos “en los marcos reales en los que las personas viven, piensan, sienten y actúan”. Marcos situacionales donde se juegan conflictos e intereses que llevan a los actores a acentuar un elemento cultural o identitario frente a otros, resignificándolo de acuerdo a lo que convenga a los intereses en juego. Así, hemos visto múltiples variaciones de sentido en el término “campesino”, desde su uso despectivo por parte de los dueños de tierras o de los habitantes de ciudades, hasta su reivindicación política en el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) por ejemplo. O su reemplazo en algunos casos por “pueblos originarios” o directamente “indios”, empuñado con orgullo por esas mismas comunidades en lucha por sus derechos, cuando las normas y las decisiones políticas comenzaron a legitimar esas identidades. Si arrancamos las acciones de los contextos y sus sentidos prácticos, no entendemos nada, y corremos el riesgo de esencializar algún significado teórico y fetichizar algún sentido político.

Claro que los usos y sentidos no son del todo voluntarios, como dijimos antes. Las culturas son flexibles, pero sedimentan en tradiciones. Los significantes no son del todo vacíos, como cierta lectura apresurada de Laclau puede hacernos confundir. Ya Rodolfo Kusch (1976) nos había enseñado que lo geocultural está constituido por la tensión entre *instalación* y *gravitación*: la tierra, la lengua, los modos de relación, “gravitan”, pesan, tiran para abajo,

condicionan; pero nuestras opciones ético-políticas nos “instalan” en esos legados reconfigurándolos en función de nuevos proyectos y compromisos.

En suma, cultura política es un concepto que puede servirnos para acceder a la comprensión de los componentes del campo político, poniendo en juego sentidos de los conflictos y tensiones, tanto para la organización de la convivencia como para la definición de las identidades, siempre que lo entendamos de manera flexible y contingente, aunque cargado de la gravidez que le otorgan las sedimentaciones históricas.

Referencias

- Almond, G. y Sidney, V. (1963). *La cultura cívica: Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Euramérica.
- Auat, A. (2021). *Situación y Mediaciones. Nuestra democracia: entre populismo y neoliberalismo*, UNR editora/Fundación Ross/Cedet.
- Auyero, J. (2004). *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*, Universidad Nacional de Quilmes editorial.
- Auyero, J. (comp.) (1997). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*, ed. Losada.
- Auyero, J. (ed.) (1999). *Caja de Herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Universidad Nacional de Quilmes editorial.
- Benhabib, S. (2006). *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*, Katz editores.
- Canal Feijoo, B. (2007) [1954], *Confines de Occidente. Notas para una sociología de la cultura americana*, ed. Las Cuarenta.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*, Gedisa.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Siglo XXI editores.
- Kusch, R. (1976). *Geocultura del hombre americano*, ed. Fernando García Cambeiro.
- Lechner, N. (1997) "El malestar con la política y la reconstrucción de los mapas políticos", en Winocur, R. (coord.), *Culturas políticas a fin de siglo*, Juan Pablos Editor-FLACSO.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, LOM ediciones.
- Murillo, S. (2018). "Neoliberalismo. Estado y procesos de subjetivación", *Revista de la Carrera de Sociología*, vol. 8 núm. 8, ISSN 1853-6484, Universidad de Buenos Aires, p. 392-426.
- Quevedo, L. A. (1997) "Videopolítica y cultura en la Argentina de los noventa", en Winocur, Rosalía (coord.) *Culturas políticas a fin de siglo*, Juan Pablos Editor-FLACSO.
- Schneider, C. y Avenburg, K. (2015). "Cultura política: un concepto atravesado por dos enfoques", *POSTData* 20, Nº1, abril-septiembre, ISSN 1515-209X, p. 109-131.
- Swidler, A. (1986). "Culture in Action: Symbols and Strategies", en *American Sociological Review*, Vol. 51, Nº 2, abril.

Alejandro Auat es Licenciado y Doctor en Filosofía. Se desempeña como profesor titular de Filosofía Política en la Lic. en Filosofía de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (UNSE). Además, es director de numerosos proyectos de investigación en torno a la temática de la Democracia en nuestra región. Por último, es miembro de distintos comités, consejos académicos de institutos, maestrías y doctorados del NOA.
Correo electrónico: buhoster@gmail.com